



# China observa la guerra



Por **Ian Bremmer**

**i** Cómo está afectando a China la guerra de Irán?

En el pasado, la opinión generalizada era que una guerra desestabilizadora en el corazón petrolero de Medio Oriente podría afectar gravemente a China, el principal importador de petróleo del mundo, y a su economía, que ya se encontraba en desaceleración. Esas suposiciones han quedado obsoletas. Hasta ahora, China está capeando la guerra de Estados Unidos e Israel contra Irán mejor que muchos de sus vecinos y está avanzando con cautela a medida que surgen oportunidades para sacar provecho de ella.

Mientras Xi Jinping observa cómo Vladimir Putin y Donald Trump lanzan guerras contra adversarios muy superiores, solo para enfrentarse a sorpresas desagradables, el hombre fuerte de China ha evitado riesgos innecesarios para posicionar a su país de cara a la fortaleza y la estabilidad a largo plazo. Vimos la cautela de Xi en sus respuestas tanto a la pandemia de Covid como a las debilidades económicas estructurales de China de los últimos años. También la vimos en la renuencia de Xi a apoyar directamente la guerra de Rusia en Ucrania, o incluso a reconocer las reivindicaciones territoriales de Putin. Ahora la vemos

en la renuencia de Xi a criticar la campaña de bombardeos de Trump en Irán. La invitación sigue abierta para que el presidente de EE.UU. visite Beijing el próximo mes.

China tampoco se ve tan afectada por esta guerra y por la concentración de potencia de fuego en el estrecho de Ormuz -de vital importancia estratégica- y sus alrededores como lo habría estado hace tan solo unos años. Sus reservas de petróleo y su gran capacidad de refinado limitan el riesgo de que se produzca una escasez de combustible a corto plazo. Sus importaciones de gas por gasoducto y su producción nacional de gas alivian ahora su necesidad de GNL. Si la guerra se prolonga, Beijing puede obtener más energía de países amigos, en particular de Rusia, y puede recurrir tanto a sus vastas reservas de carbón como a sus energías renovables.

La guerra incluso ha proporcionado algunas ventajas. Las cadenas de suministro totalmente integradas de China le permiten contener los costos de producción mejor que a los exportadores rivales. Y las continuas interrupciones en los envíos de energía a través del estrecho, que han disparado tanto los precios del petróleo como el costo de los seguros de transporte marítimo, impulsarán la demanda de exportaciones de tecnología limpia de China, impulsando la inversión a

largo plazo en electrificación y diversificando la economía más allá del petróleo y el gas. Estos procesos ya estaban muy avanzados antes de esta guerra, pero la destrucción de las infraestructuras energéticas por el conflicto y el temor a que se produzcan más daños los acelerarán ahora.

Desde el punto de vista estratégico, China también se beneficia de una guerra que ha debilitado la potencia de fuego estadounidense. La guerra ha agotado las reservas estadounidenses de misiles de crucero de largo alcance e interceptores, y llevará años reponerlos, lo que provocará una escasez que agravará la ya profunda dependencia de Washington respecto de las exportaciones de Beijing de los minerales esenciales necesarios para la producción de nuevo armamento y munición. Washington podría encontrar soluciones alternativas a las restricciones de China en los próximos tres a cinco años, pero una década es un plazo más realista. Mientras tanto, este problema dejará al presidente Trump en una posición negociadora más débil en sus interacciones con su homólogo chino. Beijing también se beneficia del daño continuo a la reputación de Estados Unidos como actor internacional fiable, ya que tanto los países ricos como los países en desarrollo buscan cubrirse las espaldas ante el futuro de



la política exterior de Washington.

No es que China esté dispuesta a asumir más riesgos. Ni siquiera una superpotencia distraída que actualmente carece de armamento suficiente persuadirá al presidente Xi Jinping de invadir o aislar a Taiwán en los próximos meses. La guerra en Irán permite a los líderes militares chinos estudiar los nuevos usos que el Ejército estadounidense hace del poder aéreo y naval, e incluso comprender cómo los estadounidenses están utilizando ahora la IA para hacer la guerra. Eso podría ser útil en el futuro. Pero Xi es muy consciente de que las fuerzas chinas no se han enfrentado a una guerra con disparos desde un enfrentamiento fronterizo de 27 días con Vietnam hace 47 años, y China nunca ha librado una batalla naval.

El 3 de abril, Xi destituyó a otro alto cargo de su gobierno, un miembro del Politburó directamente implicado en el gasto y las adquisiciones en materia de defensa. Las medidas de Xi contra figuras destacadas del Partido Comunista con vínculos directos o indirectos con el Ejército Popular de Liberación han dado lugar a la purga más amplia que ha vivido China desde la década de 1980. Es otra señal de que Xi cree que el EPL no está preparado para una ambiciosa empresa militar que sin duda traería consigo su cuota de sorpresas desagradables.

China tampoco siente ninguna necesidad de involucrarse en la guerra de Medio Oriente. Sus líderes parecen cada vez más seguros de la capacidad de un Irán resistente para aumentar los costos de una superpotencia cada vez más impopular, y pueden seguir confiando en que Trump no logrará el cambio de régimen en Teherán que en su día dijo esperar. Xi también sabe que todos los países de Medio Oriente reconocen la importancia de mantener buenas relaciones con Beijing para la reconstrucción y la estabilidad futura de la región, especialmente si, como se espera, China desempeña un papel en la fuerza policial multinacional que garantice que el estrecho de Ormuz permanezca abierto a largo plazo tras la guerra.

China sigue siendo el mayor comprador de petróleo de la región. El comercio entre China y Medio Oriente, que se ha triplicado en las últimas dos décadas, seguirá creciendo. La región también se ha convertido en un mercado cada vez más importante para las exportaciones chinas, incluidas las tecnologías verdes, y para el despliegue de la arquitectura en la nube china, las plataformas de IA y los sistemas de ciudades inteligentes. El enfoque diplomático de Beijing seguirá siendo independiente y cuidadosamente equilibrado para preservar una imagen de neutralidad

comercialmente inteligente que le proteja de verse envuelto en las diversas rivalidades de la región.

Dicho esto, si esta guerra se prolonga más allá de unas pocas semanas, China se volverá más vulnerable. Xi debe estar nervioso ante la continua disposición del presidente Trump a utilizar la fuerza militar directa para obtener lo que quiere de gobiernos que considera hostiles. Tampoco le agrada a Beijing ver cómo un presidente transaccional, con el que muchos funcionarios chinos creen poder llegar a acuerdos, cede terreno en Washington ante una postura más belicista.

También son conscientes de que las perturbaciones económicas a medio plazo derivadas de nuevos daños a las infraestructuras energéticas en Medio Oriente y la amenaza a la seguridad física de las infraestructuras tecnológicas chinas siguen siendo un riesgo. Tampoco ayudará a la economía china, ya de por sí en declive, que los mercados de Asia y Europa sufran una desaceleración que reduzca sus importaciones de productos fabricados en China.

En resumen, China puede (por ahora) considerarse uno de los pocos ganadores de esta guerra. Pero incluso en Beijing hay grandes esperanzas de que los combates terminen pronto.